

Desfilando

PEDRO NUENO

LA VANGUARDIA, 4.10.09

En la plaza Tiananmen, presenciando el infinito desfile del ejército y de diferentes grupos, incluidos miles de niños, que se han entrenado un montón de noches para que todo salga perfecto, muchas cosas me vienen a la cabeza. Durante toda la semana anterior he sido felicitado con envidia porque presenciar esto desde la tribuna es un honor enorme para un chino. Y yo lo he conseguido por contribuir a que en este país los empresarios se formen como en Harvard o como en el IESE. Supongo que eso es lo que está haciendo el Gobierno premiándome a mí, que no soy más que uno de un equipo de gente motivadísima, homologando así en China un esquema de formación que se basa en un modelo económico cuyos valores son la iniciativa, la competencia y la ética.

En 1967 me compré el libro de Mao Citations du président Mao Tsé-toung. Este era el título, en francés, porque el libro estaba prohibido en España. Me costó 105 pesetas, que no estaban mal en aquel tiempo, pero el margen del traficante debía de ser alto. En mi generación también tratábamos con traficantes, pero de productos intelectuales. Yo no era el único que se compraba el libro de Mao. Seguro que Josep Lluís Jové, Joan Vallvé, Joan Torres y muchos otros niños de mi clase también se lo compraron. Pero no éramos comunistas. Comprarnos el libro de Mao era el símbolo de que aquella España no iba por el camino adecuado, tan cerrada sobre sí misma. Había un ordenador en la Escuela de Ingenieros, un IBM, el primero, y estudiábamos informática. Ya sabíamos que podría haber coches eléctricos y energía fotovoltaica. Estábamos convencidos

de que viajaríamos al espacio. Nos llegaban noticias de que en Europa nacía una identidad propia, humanista. Humanismo en Europa, informática y cohetes en América y nosotros cara al sol. La primera vez que fui a China en los 80 me compré otro libro de Mao, Quotations from chairman Mao Tsetung. Me costó también 100 pesetas. El día que yo no esté, estos libros de Mao acabarán en rebajas por 60 céntimos de euro, 100 pesetas. Mao se quedó allí. Estos primeros 100.000 que deben de haber desfilado llevan una marcha tremenda. Se les ve orgullo y satisfacción en la cara. Todo esto es un símbolo de potencia que estimula a todos a seguir a tope. En este país se ve ilusión, confianza, alegría, esperanza, pero ganándose. No esperan que el Gobierno les resuelva los problemas, sino que les deje hacer. La gente ahorra para su jubilación y está alerta por si hay un trabajo mejor. Se despiden llorando de sus amigos en la empresa, pero no pierden una oportunidad. Una empresa que quiera retener a su gente tiene que formarla.

Yo les animo en la prensa china (hoy en el China Daily) a salir al mundo. Acertadamente, el conseller Josep Huguet y la directora general de ACC10, Carme Botifoll, atendieron recientemente con gran profesionalidad a la plana mayor de un fabricante chino de automóviles que se interesó por nuestro país y se vinieron a Barcelona a analizarlos en profundidad. Yo hace años que trabajo para chinos. Son buena gente. Si a nosotros no nos acaba de salir lo de crear empresas, ojalá ellos vengan con las suyas aquí y podamos trabajar para ellos. Este desfile no se acaba y llevamos siete horas en Tiananmen. Cientos de niños desfilando, sueltan miles de globos delante de Hu Jintao.